

AUTO- RETRAT O DOBLE DIGITAL

Clara Boj y Diego Díaz

DESCARTES

Jorge Luis Marzo¹

Por una de esas bromas estúpidas de los nuevos bots, enviaron a Eduardo Dato a recibirme. Varias veces presidente del Gobierno, creador del Ministerio de Trabajo en 1920, asesinado un año después: “Cosas del algoritmo, qué le voy a decir”. Puso cara de circunstancias y me acompañó durante el trecho que me separaba de la entrada, sin apenas hablarnos. Se abrió la puerta y vino el portero. Mostré las credenciales y firmé los documentos. “Se trata sólo de una formalidad”, me aseguró el avatar. Un joven desaseado con las mangas de la chaqueta manchadas de tinta (debía de haber allí muchísimos empleados, aunque el edificio parecía como un asilo) salió de alguna parte y me condujo a otra sala. Me invitó a sentarme en una butaca frente a su escritorio, mientras se quejaba de la última actualización con aire jocoso. “En fin, y bien, dígame exactamente lo que busca. Aquí no perdemos el tiempo”. “Descartes artísticos a partir del año 2021”, le respondí, lacónico. “Ajá, entiendo. Desde que los de arriba han abierto el melón, no para de venir gente como usted”. “¿Como yo?”. “Sí, gente que quiere hurgar en los archivos, meter las narices en los papeles de los improductivos. Bueno, usted verá. Para empezar, le voy a tomar unas métricas, lo habitual, bioparámetros, sinapsis cortical, etc. A ver, mire aquí... un momento... Ya está. Todo correcto. ¿Ha estado usted metido en algún lío recientemente? Es importante que responda con sinceridad, porque de lo contrario, puede que algunas solicitudes le sean denegadas”. “No, nada de problemas”. “Estupendo”. “¿Ha habido algún caso de locura en su familia? Ojo con la respuesta, que lo tengo todo aquí apuntado”, dijo guiñando un ojo. “No, pero esa pregunta, ¿a qué viene?”. Sin hacer caso de mi irritación, contestó: “Nos interesan mucho los cambios mentales que se producen en los individuos que quieren entrar en esas zonas del archivo. Incluso he elaborado una pequeña teoría, que ustedes, los que van allá, me deberían ayudar a demostrar. Me gusta pensar que esa es mi contribución al programa, si es que no me descartan antes (risotadas). Creo que la mayoría de ustedes regresan enojados porque ven que no es posible escapar del pasado, lo que les lleva a identificarse cada vez más con los datos. Resultado: confunden ustedes nuestras políticas. Ya veremos si es su caso. Apuesto a que sí. Aquí tiene el pase. Permítame darle un consejo: Evite usted irritarse por allí abajo. En los descartes hay que mantener sobre todo la calma”. Levantó el índice e hizo la advertencia: “*Du calme, du calme, monsieur. Adieu.* Ya puede subirse a la

1 Comisario independiente

barca". "¿Una barca?". "Venga, ¿no tiene usted sentido del humor? Son las bromas clásicas que nos gastamos por aquí. Ya se irá acostumbrando".

Me subí a la barca, aunque era más bien una vieja Zodiac remendada. Al motor iba una mujer menuda y de pelo blanco que me pareció Remedios Zafra: "A los descartes, ¿verdad? Ok, pero ¿está usted seguro de querer ver todo aquello? No se confunda entre lo que verá y lo que desea ver. Es importante la distinción. El ojo no opera allí tan fácilmente como quizás piensa". Me entró una especie de congoja difusa, un temerario nebuloso. La sola idea de visitar la Caja Negra ya me había alterado durante semanas, pero tantas advertencias habían activado en mí una creciente aprensión. Sabía que la naturaleza del anacronismo puede desequilibrar a cualquiera: la dislocación del pasado, presente y futuro produce una lógica extraña que puede desquiciar. Pero también me dije que, al fin y al cabo, aquí, de alguna manera, aún funcionaban las relaciones de causa y efecto, que todavía podría encontrar sentidos, deducir significados. Con la vista puesta en el horizonte, salimos a toda velocidad surcando aquellas aguas que poco a poco dejaban de ser cristalinas.

Al cabo de un rato vimos una playa de arena negra. La mujer al mando del motor me anunció que habíamos llegado. "Por cierto, la pasta". "Desde luego, disculpe". Le puse en la mano el óbolo con la figura de la abeja. "¿Por qué la abeja?". "Es el símbolo del trabajo, el orden y la jerarquía. ¡Y yo que sé! Son los chistes que les gustan por aquí. Yo sólo trabajo de quimera hoy. ¡Que le vaya bien! Y recuerde no confundirse de mirada". La lancha se alejó y por primera vez me quedé solo. Miré la hora y no había ninguna. A mi alrededor, todo era una jungla interminablemente espesa. Sin embargo, se oían toda clase de ruidos lejanos, de máquinas, de pájaros, voces, músicas, todos apelmazados como si se tratara de un solo sonido con miles de capas que luchaban por escapar las unas de las otras. Me acomodé la mochila, respiré hondo y me adentré en la espesura.

Tras una larga caminata, me encontré de bruces con un edificio de aspecto muy familiar, parecido a un apartamento en el que pasaba de pequeño las vacaciones de verano. Entré en una sala cuyas paredes estaban tapizadas con grandes mapas bordados y en donde había sofás y sillones de todas las épocas. Uno de los muros contenía un extraño reloj formado por tres esferas concéntricas. Las agujas minuterías y segunderías de cada esfera se movían en sentidos distintos, unas hacia adelante y otras hacia atrás, y a tiempos diferentes, unas rápidamente y otras tan despacio que parecían detenidas. En una de las esquinas vi a mi madre sentada en un pequeño sillón desvencijado, escrutando un mando a distancia que sostenía en la palma de una mano. Ese era un gesto que le había visto muchas veces, cuando estaba confusa porque había alguna función de la tele que no era capaz de activar, pero me pareció que en esta ocasión era algo distinto, como si hubiera hecho las paces con el aparato. "Existe un tiempo sobrante, ¿lo sabías? Es un tiempo que carece de sentido, no se puede explicar, es una realidad dislocada tanto de la lógica como del deseo. Es un tiempo desajustado, fuera del tiempo, fuera de quicio, sin pie de foto. Es el tiempo anacrónico. Te lo voy a mostrar". Entonces pulsó uno de los botones del mando y apareció a su izquierda un fantasma ingrátido, cimbreante como el humo gris, con los rasgos de mamá en el rostro. Mi madre me miró divertida. "Este es mi espectro del pasado. Son las memorias de mi casa en ruinas. Si le preguntas algo te dirá toda la verdad, o eso creo, pero supongo que eso pasará cuando me muera. Ahora, atento". Apretó otro

botón del mando y surgió a su derecha otra figura, también etérea pero muy colorida, aunque también con sus mismos rasgos. Esta imagen no era tan desgarrada como la anterior y no paraba de mirarlo todo como un niño. "Mira. Esto de aquí es mi avatar, es mi proyección: me cuenta cosas que ha hecho en mi nombre. No lo entiendo mucho, porque dice que son cosas que puedo hacer a pesar de que no sé ni cómo se hacen. Y yo me pregunto: el espectro y el avatar, memoria y emanación del mundo, ¿tú lo entiendes? Lo que viene de atrás y lo que se proyecta *–pro iectare*, exclamó el avatar, lanzar adelante. El espectro me recuerda verdades que había olvidado; el avatar me relata verdades posibles, las que pueden llegar a ser porque simplemente se pueden hacer, porque son meramente factibles. Pero miro ese reloj con esas horas que se hacen y se deshacen, y fijate: ¿Pueden existir avatares del pasado y fantasmas del futuro? ¿Puede una posibilidad pertenecer al ayer y una certeza vivir en el porvenir? ¿Qué dislocación temporal produce esa paradoja? ¿Tú sabías algo de todo esto? ¡Qué lío!".

No me puse a discutir con mamá, porque ya las habíamos tenido bastante en vida. La dejé con sus cábales, y descendí por unas escaleras que subían a un gran pórtico con un intenso aroma a madera quemada. En el centro, se encontraba una decena de mujeres sentadas en círculo dándose las espaldas en las que portaban a sus hijos sostenidos por un rebozo atado al cuerpo. Hablaban con calma, pero con una actitud taimada y la mirada algo hostil. Me senté junto a ellas. Supe que las mujeres allí reunidas eran de la comunidad Nasa, que en otros tiempos acostumbraban a vivir en la zona del Cauca colombiano, hasta que el incendio provocado por los terratenientes agrícolas en 2041 las obligó a emigrar. Mientras ellas hablaban de espaldas, los niños, encarados hacia el centro del círculo, se tocaban y jugaban. Les pregunté a qué se debía esa disposición: "El futuro queda hacia atrás y el pasado hacia adelante", dijo la señora que tenía a mi lado, "las cosas que están por conocer sólo pueden comprenderse por aquello que ya hemos vivido. Por eso llevamos a los niños a la espalda, mirando hacia atrás, quiero decir, adelante. Sólo en ellos, capaces de absorber la vida de sus ancestros, está la posibilidad de un futuro. Nosotras no caminamos hacia el futuro, sino al reconocimiento de lo pasado. Son ellos, nuestros hijos, los que tendrán que decidir si ese porvenir está a la altura de lo cosechado o si aquello que se cultivó valió en su día para algo". "Entonces, ¿cómo saben si están caminando hacia adelante o hacia atrás? No lo entiendo", pregunté. "Pues no lo sé. ¿Qué es el adelante, más que la suma de experiencias que nos permite adivinar el camino? Y el atrás, ¿no es girar la cabeza para comprobar que puedes regresar de dónde viniste? ¿No te acabas de encontrar con tu madre? Predecir no es más que una ingeniería inversa. El saber que has acumulado lo caminas de vuelta y lo testearas una y otra vez, cada vez que haces el camino reverso. No se trata de adivinar, sino de proceder en cada momento a una experiencia distinta de lo que puede ser tu estar aquí". Se escuchó entonces la voz de otra de las mujeres sentadas: "Sólo que ahora huele a quemado. Llegó el fuego que extingue a los animales que nos hablaban y el bosque está mudo. Se calcinaron los árboles en los que estaban impresas nuestras huellas. Se ha presentado un futuro para el que no tenemos muchos recuerdos". Al rato vino una mujer que hablaba lo que me pareció alemán y se puso en el centro del círculo. De una bolsa sacó un trozo de plomo y lo derritió con un soplillo, dejando caer las gotas en un recipiente

con agua fría. Todos los niños se encandilaron con las formas que adquirirían las gotas negras al volver a espesarse.

Con el raballo del ojo percibí en la transparencia de la pared unas sombras que caminaban por el otro lado. Me levanté, abrí una de las puertas y me encontré inmerso en un paisaje enorme, todo rojizo, polvoriento y humeante. Mi terror amainó cuando Dante y Virgilio me salieron corriendo al paso y me saludaron con mucha prisa mientras me ayudaban a subir a la nube que los transportaba. “Justo llegas a tiempo. Ahora mismo están pasando por debajo”. Miré y vi a unos hombres con las cabezas colocadas al revés sobre los hombros, mirando y andando sólo hacia atrás. Dante dijo con tono de admiración: “Mira cómo han convertido sus espaldas en pecho: por haber querido ver demasiado hacia adelante, ahora miran hacia atrás y andan su camino al revés”. Y añadió Virgilio: “Los adivinos representan a los que han usurpado el poder de los dioses para conocer el futuro. Los cuerpos retorcidos son la imagen de la deformación del conocimiento y de la verdadera ciencia, deformación que se usa para el engaño de los demás y el propio beneficio”. “Me parece cruel”, exclamé, “la vida, al fin y al cabo, es intentar evitar aquello que te la puede acortar. Bien habrá que tomar medidas para prever ciertas cosas”. Apareció enseguida Horacio como de la nada. Tras saludar breve y efusivamente a Virgilio, me tomó del brazo y señalando hacia abajo, me dijo; “Los dioses, en su prudencia, recubren el futuro de una densa noche y se ríen del mortal que lleva su inquietud más allá de lo debido. ¡Qué sería además del libre albedrío si los hombres fueran descubriendo los pasatiempos de los dioses! Ya sabes lo que dijo el gran Montaigne sobre los hombres cuando se encuentran en momentos de confusión pública: que, aturcidos por su fortuna, abrazan cualquier superstición, entre ellas la de buscar en el futuro las causas de sus posibles desdichas y en el pasado antiguas amenazas que les puedan servir. Y, en estos tiempos, lo hacen con tan asombroso acierto, que me he persuadido de que, como replegarlas y desenredarlas es una ocupación de ingenios agudos y ociosos, los que están instruidos en esta sutileza serían capaces de encontrar en cualquier escrito todo lo que se les antoje. Pero, sobre todo, les da muchas facilidades el habla oscura, ambigua y fantástica de la jerga profética, a la cual sus autores no otorgan ningún sentido claro, para que así la posteridad pueda aplicarle el que le plazca”. Uno de los personajes con la cabeza al revés se detuvo y comenzó a caminar hacia adelante (o hacia atrás, ahora no recuerdo) hasta darnos alcance en la nube. Me gritó desde abajo: “La Caja Negra... Se llama así porque una vez que algo ha entrado funciona, pero no se sabe cómo. Ten cuidado, no te dejes impresionar porque funcione”. “Vamos, vamos, continúa tu camino”, le conminó un dronocop a la retorcida figura mientras lo empujaba de regreso al grupo principal. “Unos rebeldes, eso es lo que son. Ya te lo dije. No les hagas mucho caso”, me susurró Virgilio a la oreja antes de despedirme y depositarme suavemente sobre una roca elevada emplazada junto a una estrecha rampa.

Ascendí por ella hasta hallarme en una encantadora villa mediterránea. En el patio, se veía una gran mesa de madera noble repleta de libros y notas adhesivas. Benjamin y Klee, ambos en bañador, estaban hablando sobre ángeles. Olía a marihuana. Me saludaron con un gesto de la cabeza, me sirvieron un poco de pomada fría, y poco más caso me hicieron al principio: “Lo que yo veo es un ángel que parece a punto de alejarse de algo a lo que mira fijamente. Los ojos se le ven desorbitados, tiene la boca abierta y además las alas

desplegadas”, dijo Benjamin, “este aspecto deberá tener el ángel de la historia. Él ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde ante nosotros aparece una cadena de datos, él ve una única catástrofe que amontona incansablemente ruina tras ruina y se las va arrojando a los pies. Bien le gustaría detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. Pero, soplando desde el Paraíso, una tempestad se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja incontenible hacia el futuro, al cual vuelve la espalda mientras el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo. Lo que llamamos progreso es justamente esta tempestad”. “Pero no sé si es un ángel del pasado o del futuro, Walter. En la guerra, la muerte no aparece arropada por el tiempo, es precisamente su ausencia la que la convoca. Por eso pinté ese ángel en las trincheras”. Me vi con el suficiente coraje como para intervenir: “Bueno, creo que por eso estoy yo aquí. Creo que ese ángel fuga hacia adelante, pero nos advierte de que el porvenir está hecho de todo aquello que se predijo y no se cumplió, de lo que no fue predicho, pero acabó sucediendo y, lo más importante, de lo que se predijo, pero fue cancelado por razones que se me escapan. Y aquí estoy, intentando saber por qué. Entiendo que el programa me ha juntado con ustedes para que saque algo en limpio”. “Chico, yo qué sé. Supongo que nosotros no estamos contigo porque sí. A saber cómo han llegado a asociarnos con tu visita. Pero ya que estamos en el mismo lapso, déjame preguntarte qué buscas”. Benjamin le dio otra pipada a su shisha. “Descartes realizados por el algoritmo en el mundo del arte. Estamos trabajando en un proyecto que quiere recuperar algunas producciones culturales que no han sido procesadas por el algoritmo. Se trata de buscar la memoria perdida de muchas generaciones”. “Ya veo”, dijo, clavando una mirada perdida sobre mis ojos. “Todo es una cuestión de lenguaje. Las ruinas que hay a los pies del ángel de Paul son todos los documentos que no fueron rellenados mediante el lenguaje apropiado, que escaparon a la lógica de la burocracia administrativa de la memoria. Esos son los documentos que deberías buscar. Fijate sobre todo en los formularios y verás que la gran mayoría de los descartes utilizan modos y expresiones incompatibles con los programas. Por ejemplo, verás que en muchos de ellos la gente escribió cosas fuera de las casillas reglamentarias, porque tenían cosas que decir o matices que nos les cabían, porque se equivocaron y quisieron corregir lo escrito mediante tachones, o simplemente porque cambiaron de idea mientras escribían”. Se quedó pensativo un buen rato, con la vista perdida hacia el mar. “Hazle caso, o no”, concluyó Klee, negando con la cabeza como quien se refiere a un loco parlanchín.

De repente, se detuvo un coche frente a la villa. Me despedí de los bañistas y me monté en él. Iba conducido por un robot que fumaba. Ya empezaba a entender las bromas. Llegamos a un monasterio medieval en el que se estaba celebrando un juicio inquisitorial. En él, se acusaba a un grupo de personas de invocar a los demonios a través de ciertas imágenes. Los inculpados hicieron una larga defensa de su inocencia. Declararon que su única intención no era otra sino construir gracias al arte de la alquimia unas imágenes que una vez al mes dijeran la verdad. Unas imágenes videntes, vaya. Los inquisidores arguyeron que esas imágenes sólo servían para prescribir de antemano el futuro, sin darle posibilidad de desarrollo. Decían que eran simples malas artes y engaños del Maligno, que “nos hacía pasar por verdad lo que era una mera impostura visual, una foto de tantas en el marasmo de los miles de fotos

con las que se constituye un instante” (sic). La defensa sostuvo que existen imágenes videntes gracias al Amor de Dios: “He ahí la imagen de Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe. ¿No se pintó a sí misma y se la regaló al pueblo de México? ‘No hice nada igual con ninguna otra nación’, dicen que dijo. El autorretrato de la Virgen, ¿no es la imagen vidente por excelencia?, ¿la que no está hecha por la mano de nadie?”. “Esa es la cuestión, botarate, que eso lo hace Dios, y no tu maldita alquimia del diablo”, respondió en un determinado momento uno de los jueces. Sabía que estaba cerca, que me aproximaba a la zona indicada del archivo. Algo me decía que este tira y afloja entre espacios de tiempo apócrifos eran las marcas que señalaban el camino. Justo antes de que los acusados fueran eliminados, entre gritos e insultos, me deslicé entre los asistentes hacia la salida. No estaba yo por espectáculos sanguinolentos, por muy digitales que los presentaran.

Me metí de vuelta en el coche. Mientras transitábamos por las calles de una ciudad blanqueada como un sepulcro, el taxi se detuvo frente a un bar. Estaba atestado de gente. La marea humana me llevó hasta la barra. Pedí un café. Allí estaban Marshall McLuhan y Judith Butler, con sendas pintas en las manos. Hicieron el gesto de brindar, pero al ver el café lo dejaron para otra ocasión. El canadiense observó que el futuro sólo se mira con un retrovisor: “Aquellas mujeres nasas que ha visto, sorprendentes, ¿verdad? Cuando nos enfrentamos a una visión completamente nueva, siempre tendemos a apearnos a los objetos, al sabor del pasado más reciente. Miramos el presente por el retrovisor. Retrocedemos hacia el futuro. Esa es la cuestión. Predecir y preceder son palabras muy homófonas, ¿no es cierto? Además, casi siempre pronosticamos el pasado gracias a las proyecciones que hacemos del futuro, a cómo lo imaginamos. Es demasiado tentador repensar el pasado cuando creamos proyecciones. No soportamos que los relatos se descuadren, que puedan decir cosas demasiado distintas. Pero dejémonos de milongas. Aquí el asunto principal son los datos sin experiencia. El problema reside en que aplicamos los mismos procedimientos estadísticos y probabilísticos al futuro y al pasado. Ahora a nadie le importa un pimiento si el dato fue vivido o no. Una posibilidad de futuro convertida en dato no ha sido fijada por la vida de nadie, nadie se la ha jugado, es gratis. En cambio, esa posibilidad de pasado está preñada de la vida de quienes lo protagonizaron. La memoria protésica, ¿ha pensado usted en ello? Es decir, un acontecimiento que aún no ha ocurrido y que parece divorciado de la experiencia vivida, pero que, no obstante, define la personalidad y la identidad”. “Marshall” –dijo la americana–, “deja al pobre hombre tranquilo, que bastante tiene ya con estar en la Caja”. Se giró hacia mí con aire de amable confianza: “¿Has encontrado algo?”. “Todavía no, o no estoy seguro”, admití. “No te preocupes. Marshall, incluso este avatar suyo, desconoce que lo más importante es poner en escena la fragilidad de lo humano interrogándose por su emergencia y desaparición en el límite de lo pensable, lo decible y lo representable. Quiero decir que también debemos vivir las vidas que podemos imaginar más allá, en la libertad externa al lenguaje. Sigue adelante. Te envidio. Qué pena que yo no hubiera podido vivir lo suficiente para viajar contigo.”

De regreso al taxi, eché una cabezada. Al despertar, pasábamos junto a una diversidad abrumadora de paisajes: cementerios preciosos y cuidadísimos, en los que los desaparecidos disponían de las mejores esculturas, aunque sin nombres en las lápidas; parques de atracciones de magnitudes

inverosímiles en los que se entrenaban miles de gatos antes de ser introducidos en Instagram; museos del glitch que ocupaban enormes extensiones y cuyo poderoso brillo hizo que el taxista me pasara unas gafas de sol. Durante un buen rato, contemplé rayos-C brillar... “Todos estos momentos se perdieron en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de bajarse”. Otra de estas estúpidas bromas. Poco a poco, el paisaje se había hecho más anodino. Finalmente llegamos a una especie de búnker cuya entrada estaba en un fiordo, o en un glaciar, no sabría decir.

Empujé la pesada puerta de acero y me paré frente a una puerta interior de madera cuyo barniz hacía tiempo que se había desconchado. Al abrirla, me vi envuelto en una gran oscuridad. Se oían voces por todas partes, retazos de conversaciones sueltas y ruidos de cajones que se deslizaban sobre sus guías. Comencé a palpar las paredes para encontrar un poco de sustento, tal era la negritud. Encendí la linterna del móvil y recobré un poco la orientación. Observé en el centro de la sala un enorme mueble archivero. Cada cajoncito tenía consignada una secuencia de números, y dentro se hallaban numerosas fichas perfectamente ordenadas. Enseguida supe que eran proyectos que todavía no habían sido ideados; asociaciones de conceptos o de hechos que aún no habían alcanzado su factibilidad, que estaban a la espera de su ser y de su estar. Cogí una ficha y leí: “Napoleón conoce a Turing y se enzarzan en una discusión sobre el papel del telégrafo en la estrategia militar”. Otra decía: “Problemas insalvables en las relaciones entre Rembrandt y Donna Haraway retrasan el rodaje de la película”. Escuché un ruido sordo en un extremo de la sala y unas voces más definidas. En una esquina había una puerta abierta que daba a otra estancia. Un letrero colgaba del dintel: “Fallos”. Toda la sala estaba llena de papeles, columnas y columnas de documentos y pendrives. Eran proyectos y ecuaciones predichas en su día y que no se habían cumplido. Al fondo de la sala vi de nuevo otra puerta, esta vez presidida por un cartel torcido que decía “A los DCTS”. Me recorrió un escalofrío. Allí el ruido era más úsulo. Toda la cámara estaba también llena de documentos polvorientos. Eran proyectos que los procesadores habían considerado improductivos, sin capacidad para generar plusvalía creativa o comercial, o cuyas posibilidades de conectividad habían sido juzgadas como irrelevantes. Muchos de los papeles tenían estampado un sello en rojo que decía: “Sin conexión aparente”. Otras marcas de tampón azul declaraban “improcesable” el contenido del documento. Efectivamente, como me había sido dicho, el lenguaje empleado no era el correcto para el buen oficio de las máquinas, también acaso porque simple y llanamente no veían en él interés alguno.

Escuché un zumbido de insecto que iba haciéndose paulatinamente más diáfano y apareció un dronocop. Me escaneó y me pidió la credencial. Tenía un extraño acento mexicano: “Disculpe usted, he oído ruidos y me he preocupado. Ya sabe que esta zona está restringida. Además, la banda que viene por aquí lo deja todo hecho un desmadre. ¿Qué es lo que busca?”. “Descartes artísticos del siglo XXI”. “Intente usted ser más específico, esto es muy grande”. No me fiaba del dronocop: “Digamos de la A a la D. Si me pudiera ayudar a orientarme en el archivo, se lo agradecería”. “¿Cómo me lo agradecería?”. “Bueno, podría cooperar con un parche de extraboost que por un casual traigo encima”. “¿De qué año?”. “2052”. “Y yo que pensaba que usted no pelaba un chivo a mordidas. Hecho, amigo. Me vendrá muy bien porque las actualizaciones no llegan hasta acá abajo”. Le pasé el parche que enseguida

se instaló. Al instante, se desconectó el piloto rojo que indicaba que el dronocop estaba online. “Mejor así, ¿no cree? No vaya a ser el chamuco. Ahora platíqueme con libertad. No se preocupe. Ya me cayó usted rebien”. Mi confianza en aquel bicho se recobró, sobre todo ante la perspectiva de tirarme semanas o meses en aquella penumbra buscando una aguja en un pajar. “Le voy a ser sincero. Vengo por un encargo. Espero contar con su discreción”. “Naturalmente. No soy de los que se arrugan”. “Me envían dos artistas que quieren conocer lo que pasó con algunas de sus obras. Ya son muy mayores y no quieren irse sin conocer la verdad. Todo indica que el algoritmo no les dio su bendición y las piezas no fueron indexadas. Además, sospechan que con los apagones de 2034 y 2040, muchas de sus cosas se perdieron, o algo peor, fueron desahuciadas”. “Comprendo”. “¿Cómo se llaman sus amigos?”. “Clara Boj y Diego Díaz”. “No me suenan”. “No estarían implicados en los sabotajes de los años cuarenta, ¿verdad?”. “No que yo sepa”. “Ok, porque si fuera así no podría ayudarle de ninguna manera. Sígame. Lo que busca sólo puede estar más adelante”.

Estuvimos dos días caminando por interminables estancias. Aquello era un laberinto descomunal. Anaqueles, archivos, bancos de datos offline, nubes desconectadas ya casi pálidas, torres de la altura de un rascacielos que albergaban memorias ocultas, desaparecidas, seguramente peligrosas para alguien. La sección de música era ingente: millones de canciones hechas con IA que el algoritmo había juzgado poco productivas. Videos y películas, tanto de IA como biofactas, que no habían superado las evaluaciones y habían sido relegadas a los márgenes de los buscadores hasta acabar disueltas. Algunas pudieron guardarse durante años en Archive.org y en Wikipedia pero tras los apagones y el Atentado de Pekín, también estos repositorios fueron eliminados. Todo estaba aquí. Se necesitarían miles de años para procesar toda esta desinformación. Se lo dije al dronocop: “Y además, están desentrelazadas. Es decir, los tags han sido deletados y no habría manera de ver qué conexiones pueden tener. Hicieron una chamba a conciencia”. “¿Quiénes?”. “#Ay, ay, ay, canta y no llores#. No quiera usted saber más. No es bueno”.

Proseguimos nuestro camino entre todo aquel compendio del olvido. Pasamos junto a una biblioteca inmensa, con los muros caídos y en la que se intuía una cantidad monstruosa de libros que no habían encontrado editor, ya no digamos de poemas u obras de teatro. En un edificio adyacente, con el logo de Amazon en la fachada que pude ver gracias a la linterna del insecto, estaban las publicaciones auto editadas, y que la compañía había considerado estorbos. En otro bloque, con aspecto de termitero, se hallaban montones de guiones que no habían recibido el plácet. Tras aquellas instalaciones apareció un desierto en el que pasé un frío terrible. “Ya queda menos”, dijo mi guía aéreo. Efectivamente, en un momento dado, vi en el horizonte un leve resplandor. “Creo que allá podría encontrar lo que busca”. Llegamos a una farola iluminada por una tenue luz rosa. No había nada alrededor. Me preocupé y me giré hacia el dronocop: “¿No me estará engañando?”. “¿Con un parche del 52 encima? ¡Por quién me ha tomado! Tranquilo. Veamos. Usted se ha debido encontrar en su periplo con alguien que le habló de algo mexicano, porque este acento mío no me lo han puesto por casualidad. Yo sé cómo va esto. Piense en lo que ha visto y oído porque en ello está la clave para entrar acá. Alguna frase alusiva a la excepcionalidad o la singularidad, hijole, yo qué sé... piense usted”. Recorrí mentalmente de regreso toda mi andadura... algo mexicano...

“Bueno, sí recuerdo que estuve en un juicio que se hablaba de la Guadalupe”. “Ándale... eso debe ser. ¿Qué frases escuchó?”. “No sé, hablaron de la Virgen y que había regalado algo a México. Ya sé: No hice cosa igual con ninguna otra nación”. Inmediatamente surgió una nube de la que se descolgó una escalera. “Voilà, compadre. Ahí la tiene, su entrada particular. Qué emocionante, ¿verdad?”. Bueno, acá le dejo. Yo no puedo entrar ahí. Ya lo siento porque me ha picado la curiosidad, pero comprenderá que no voy a tentar tanto mi suerte. Seguro que tengo a una tropa de compañeros buscándome como locos. Ha sido un placer, y suerte con la pesquisa”.

Tras subir la escalera y apartar con la mano los vapores eléctricos que desprendía la nube, me hallé en una gran sala de estar. Temí encontrarme de nuevo a mi madre. La estancia estaba toda decorada de pinturas completamente desconocidas para mí, extrañas, hermosas, intrigantes. Un cuadro grande estaba animado con un ángel con la cabeza girada y que llevaba un bebé en el pecho y que iba arrojando relojes a sus pies. Colgadas estaban también fotografías de Google Earth que indicaban el emplazamiento de los servidores submarinos y que nadie conocía. En pantallas de plasma se podían ver códigos que corrían a toda velocidad y que, de vez en cuando, se iluminaban para destacar algún pasaje, alguna secuencia. En el fondo de la sala, un tocadiscos reproducía *We'll meet again*, de Vera Lynn. En otro sonaba *Ride the Storm* de John Payne. Oía a café fuerte pero también a sulfumán. “Esperaba a alguien como usted”. La voz, fuerte y seca, me arrastró el cuerpo hacia atrás. En uno de los sillones, una figura estaba mirando su móvil. Levantó la cabeza y me escrutó la mirada en profundidad. “Seréne. No tiene nada que temer”. La figura, andrógina, vestida como un arlequín, con parches de colores, tenía la piel roja, quemada. Sus orejas eran puntiagudas, sus ojos felinos y su cabello inexistente. “¿Quién es usted?”. “Llámeme Max, si le place”. “¿Es usted un demonio?”. “Sí, más o menos”. Tragué saliva y contuve el temblor de mis piernas. “¿Y usted? No me parece que sea un bot de esos que envían los browsers secretos”. “No, no, vengo a averiguar una cosa, unos descartes”. “Unos descartes...”, repitió las palabras lentamente y subiendo el tono de voz. “¿Juega a las cartas y busca alguna que se le perdió o es que quizás hace usted trampas y quiere más comodines?”. “No, nada de cartas. Me refiero a que busco respuestas en relación a ciertas obras de arte que no pueden encontrarse en el Índice”. “Ya lo sé, pensaba que ya se había habituado a las bromas de la Caja. Siéntese aquí”. “¿Ha oído hablar usted de las leyes de la Termodinámica?”. “Claro”. “¿Qué es lo que hace posible convertir el agua en dinero?”. Mi silencio hablaba tanto de mi ignorancia como del miedo. “Pues la turbina. Si tomo un remolino y logro controlar el vórtice en el que se genera el caos, obtengo energía productiva y rendimiento del trabajo... ¿me sigue?”. “No lo sé”. “Todo fenómeno es productivo si se le aplica el acicate necesario. Consiste en ajustar el mecanismo idóneo para que los fluidos trabajen, pero deben tener un objetivo, deben servir para algo en concreto. La lancha que le transportó por el lago al principio de su viaje, el coche que le llevó al bar, las nubes a las que se ha trepado, funcionan porque queríamos que se movieran. Es un principio simple porque quiere ser efectivo. Si yo quisiera que esta mesa se elevara en el aire, como hacen los dronocops, habría que pensar no en si es posible, sino en la función que tendrá, para qué servirá. Ese es el principio de la termodinámica”. “Creo que voy entendiendo”. “Naturalmente que lo entiende. No es usted tonto. Usted está aquí por el mismo principio, no por

casualidad. Tiene usted un objetivo y el algoritmo le ha dado la autorización necesaria para llegar hasta aquí. ¿Es suyo ese objetivo o es el del algoritmo? Quién sabe, pero no entraremos en estas disquisiciones. Debe estar usted cansado. Dígame los nombres”. “Clara Boj y Diego Díaz”. “¿De verdad? Vaya sorpresa. ¿Los mismos que se hicieron predecir hace décadas? Recuerdo haber visto su documento en la sala de las malas predicciones. Que poco acertaron, pero tampoco fue culpa suya. Aquellos softwares de entonces no valían nada. Veamos qué encontramos”. Tecléo en el móvil y en una gran pantalla se alinearon unas fichas. “Esto es lo que hay”. “¿Sólo usted tiene acceso a este fichero?”. “Sí, solo yo”. “¿Y eso?”. “Me he hecho viejo y me siento culpable. Ya no me interesan las turbinas, sino el mero caos que no puede ser capturado mediante un lenguaje descriptivo y que escapa a todo intento de ponerlo a trabajar. Pedí convertirme en el único archivero de esta zona, y pasito a pasito, voy recuperando todos estos pedazos perdidos del futuro que no llegaron a causar las condiciones por las que pudieran hacerse reales.

¿Ha oído hablar de las hipersticiones? Las supersticiones son creencias meramente falsas, pero las hipersticiones (por su mera existencia como ideas) funcionan causalmente para materializar su propia realidad. ¿Conoce la historia de Calcas? Un adivino profetizó la fecha de su muerte. Cuando llegó el día señalado, Calcas vio que la predicción no se materializaba y le entró un fuerte ataque de risa que provocó que muriera asfixiado. En fin, veamos qué es lo que tenemos”.

Amplió la primera ficha de la pantalla.

Nº 58684940

Quantium identity v.2

Autores: Clara Boj y Diego Díaz Digital

Video multi-pantalla 4k

Duración: 15 minutos

Año de creación: 2025

Descripción: El ordenador cuántico ha transformado la manera en que entendemos nuestra sociedad y también las relaciones humanas. La tradicional bipolaridad del ordenador digital ha quedado obsoleta por el ordenador cuántico, donde 0 y 1 se ven difuminados por la indeterminación de la teoría cuántica. El ejemplo del gato de Schrödinger tiene su equivalente a nivel social en la normalización de la teoría queer. Durante una residencia en el programa Arts at Cern, hemos desarrollado este video digital con una entrevista ficcionada al conocido científico y divulgador M. unDual, descubridor de la partícula X y activista transgénero.

“Descartada sin más. No hay más explicaciones”. “¿Puedo hacer una captura de pantalla?”. Su cabeza se movió horizontalmente de lado a lado. Después añadió: “¿Tiene algún parche?”. “No, lo siento, el que llevaba se lo di al dro-nocop que me acompañó hasta aquí”. “¿De qué año era?”. “Del 52”. “Hijo de perra... ese insecto de mierda”. “Haga las fotos que quiera, que no se diga que soy un pobre diablo agarrado”. Puso otra diapositiva:

Nº 58958692

The Last Animal

Autores: Clara Boj y Diego Díaz

Espacio de vigilancia animal

Año de creación: 2028

Descripción: Inmersos en la sexta extinción masiva animal o extinción del Antropoceno, miles de especies animales están condenadas a desaparecer, en el año 2007 la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza consideró que una de cada ocho especies de aves, una de cada cuatro de mamíferos, una de cada tres de anfibios y el 70% de todas las plantas del planeta están en peligro. The Last Animal es una App de vigilancia animal que permite acceder a una red de cámaras de fototrampeo ubicadas en sitios estratégicos a lo largo del planeta para capturar los movimientos y la evolución de las distintas especies en peligro. Así mismo The Last Animal es un espacio virtual que recopila imágenes de los últimos ejemplares de estos animales y cada vez que una de estas especies desaparece pasa a formar parte del archivo necrológico de especies desaparecidas.

“Fíjate en las palabras tachadas. El algoritmo advirtió algo que no le gustaba. ¿Has oído alguna vez hablar del efecto barroco? Es cuando se hace desaparecer algo o a alguien y enseguida lo representas públicamente en monumentos, museos o películas. Se llama barroco porque fue en aquella época cuando empezó a hacerse con los exterminados. Se mataba a los indios pero sus figuras pasaban a poblar rápidamente las fachadas de los templos. Puro simulacro. Es lo mismo que en este maldito siglo, los animales fueron liquidados pero están felizmente ilustrados en todas partes. Y todo gracias a la turbina. Este proyecto fue descartado porque no tenía únicamente la voluntad de hacer un archivo, sino de ver en directo los últimos días de los condenados. Muy poco productivo. Una turbina que queda de mal ver. A ver el siguiente”.

Nº 58045986

Plasma Time

Autores: Clara Boj y Diego Díaz

Instalación interactiva

Año de creación: 2030

Descripción: Los algoritmos creativos de IA pueden predecir con gran precisión comportamientos de personas y situaciones sociales tanto del pasado como del futuro. Ante este nuevo paradigma la relación temporal cobra un nuevo enfoque donde el tiempo se nos presenta como el cuarto estado de la materia, un tiempo ionizado sin equilibrio electromagnético donde conceptos temporales como el presente, el pasado y el futuro han dejado de tener sentido y la muerte se postula como una transición hacia el nuevo estado plasmático. A efectos prácticos, a nivel social, por ejemplo, resulta imposible saber si las celebrities están vivas, son reales o meras creaciones virtuales. En este sentido Clara Boj & Diego Díaz han creado la instalación interactiva Plasma Time donde un sistema de recopilación de datos y análisis

personal crea un yo plasmático y virtual que habita en el entorno de la instalación interactiva.

“¡Esto era una serie de TV de finales de los 20!”, exclamé sorprendido”.

“Exacto, la hizo Netflix, y ya sabes quien forma parte de la corporación que te ha dejado bajar hasta aquí. Imagina si pudiéramos saber qué famosos son biofactos y cuáles biotecnos. Sería la revolución. Es un descarte relativamente predecible”.

Nº 58490524

SkyClean

Custom Software, Computer Vision, AI

Autores: Clara Boj y Diego Díaz

Instalación interactiva

Año de creación: 2042

Descripción: En el año 2042 resulta difícil mirar el cielo estrellado debido a la contaminación producida por la enorme densidad de satélites, naves y estaciones espaciales, drones autónomos de reparto de mensajería, taxis voladores y demás ingenios voladores nocturnos. SkyClean es un software de IA especialmente diseñado para detectar todos estos elementos y borrarlos automáticamente de nuestra mirada permitiendo volver a ver el cielo antes de la colonización humana. Este software de código libre es compatible con todos los dispositivos de hardware con Certificados Standard Visión 4.0 o superior, tales como gafas, prismáticos, y telescopios de visión avanzada, además de las nuevas y sorprendentes lentillas de realidad aumentada. SkyClean nos invita a tener una mirada crítica sobre la acción transformadora del ser humano en los distintos ecosistemas colonizados por nuestra civilización, intentando retraer la mirada hacia el momento anterior a la acción transformadora humana.

“¡Skyvision!”, gritamos los dos al unísono. No podía ser de otra manera. Skyvision, la compañía líder en stratoads, la publicidad emitida en ciertos sectores acotados del cielo, no había permitido un proyecto semejante y presionó al MoMA para su cancelación.

Nº 58231534

CO2 for God!

Instalación, medidas variables

Autores: Clara Boj y Diego Díaz

Año de creación: 2045

Descripción: En el año 2045 la concentración de CO2 en la atmósfera es tan elevada que por primera vez se puede recuperar el CO2 como fuente energética. El nuevo motor CleanAir v.4 es capaz de limpiar la atmósfera a la vez que genera energía, pero los colectivos negacionistas del cambio climático y del impacto del CO2 en la atmósfera continúan argumentando que todo es una invención. *CO2 for good!* plantea desde esta perspectiva negacionista que el motor CleanAir es realmente má-

gico al no necesitar ninguna fuente energética para su funcionamiento. En la instalación *CO2 for God!* Clara Boj & Diego Díaz construyen una escenografía sacramental y litúrgica donde el elemento central es el modelo del motor CleanAir v.4 en la cual se invita a los visitantes a adorar este ingenio mágico destinado a cambiar la humanidad.

“Pero esto... esto tiene que ver con los atentados de Pekín, de Kamtackha, y todo aquello, ¿no?”. “Sí, estuvieron algo involucrados por lo que sé. Tampoco me han contado mucho. Supe que se vieron envueltos en varios juicios durante años y que fueron expulsados de la universidad, aunque finalmente fueron exonerados”. “¿Y te ha dejado pasar el dronocop sabiendo eso?”. “Le he mentido”. “Bah, que se joda él y su parche. Le va a caer una buena si alguien se entera”.

Nº 58027569

Pure thought

Proyecto transmedia

Autores: Clara Boj y Diego Díaz

Año de creación: 2048

Descripción: Con el exagerado avance de las capacidades creativas de la Inteligencia Artificial, los seres humanos estamos perdiendo la capacidad de imaginar, de crear y de realizar acciones improvisadas. Inmersos en un estado estable y placentero, donde las máquinas trabajan y los humanos disfrutamos de un aburrido estado de felicidad, las capacidades creativas hace tiempo que migraron desde los humanos hacia las máquinas. Pure thought es un proyecto transmedia donde Clara Boj & Diego Díaz realizan una estancia de desintoxicación digital y maquinaal durante la residencia artística de 3 años de duración en la base española antártica ubicada en la isla Livingston, durante este periodo los artistas irán creando un archivo de gestos naturales y pensamientos no mediados que desde la generalización de la Inteligencia Artificial están desapareciendo, además de analizar la evolución de sus capacidades creativas durante este periodo.

“La serendipia. No me extraña que se lo cargaran. Por cierto, ¿siguen vivos estos artistas?”. “Sí, ya son muy mayores”. “Pues ya no hay más. Es todo lo que tengo. ¿Cuánto tiempo te queda?”. “Poco, tengo ya que regresar. Me queda poca batería. Le agradezco mucho su atención y ayuda. Usted ha sido mi turbina, si me permite decirlo así”. “Me lo tomaré como una broma de alguien que ya entiende qué chistes se estilan por aquí”. “Por favor”. Le estreché la mano y me quemé. Él se rio a carcajadas. Buen viaje, amigo. Salúdeme a Walter y a Paul, me conocen bien”.

Los viajes de regreso. Ya saben cómo son, tediosos, predecibles, sin alma. Crucé de vuelta los páramos oscuros, tomé los taxis y las nubes, pasé por las estancias, los bares, los desiertos. Me detuve a saludar a Walter y Paul pero no había nadie. También a mi madre, que tampoco estaba. Fatigado y atribulado llegué a la playa de fina arena negra, en donde encontré a Remedios dormida en la lancha. Me subí, y sin mediar palabra me condujo hasta el vestíbulo de entrada. Allí estaba el portero a quien le devolví la credencial.

Llamó a la puerta y me salió a buscar de nuevo Eduardo Dato, que me acompañó a la puerta de salida: “¿Sabe que yo inventé el Ministerio de Trabajo en España? No lo sabe mucha gente”. Pronto se dio cuenta de mi humor huraño, de que no tenía muchas ganas de hablar. “No se preocupe cuando salga ahí fuera. El futuro es como el trabajo: ya está aquí, sólo que no está distribuido uniformemente. El pasado es impredecible porque no sabes cómo leerlo (yo, sin ir más lejos, todavía no sé por qué me mataron) pero el futuro sí se puede conocer. Sólo tiene que fijarse en la altura del vidente, en la importancia que cada tiempo le otorga y en los utensilios con los que opera. Es como el trabajador: dime con qué máquina trabaja y te diré qué producto fabrica. Otra cuestión es el futuro perdido. Pero creo que usted ya está en ello, ¿verdad?”.

Desperté ofuscado y con dolor de cabeza, pero todo parecía estar bien. Los técnicos de Oracle me dijeron que era lo habitual. Pasé todo el día durmiendo en casa. 23 de abril de 2021. Al día siguiente, cogí un tren que me llevó al pequeño pueblo en el que Clara y Diego viven. Me recibieron expectantes y me colmaron de agradecimientos por mi viaje. “No tengo las fichas. No encontré nada. Lo siento”. Sus rostros se apagaron, abatidos. En el vagón de regreso, me decía para mis adentros: “Hubiera sido demasiado siniestro decirles nada, demasiado oscuro”. El campo estaba cubierto de una densa faja de nubes y la ventana se asemejaba a un ojo que no paraba de parpadear, acumulando paisajes uno tras otro. “No es posible escapar del pasado para construir el futuro”, me repetía. Pero cuando se ha visto el futuro, el pasado deja de ser estable, y lo único que queda son los datos que hay volver a coser. Recordé entonces al portero y su augurio sobre mi confusión.

Referencias bibliográficas utilizadas en este texto

- Dante Alighieri, *La divina comedia*, Madrid: Austral, 2012.
- Armen Avanesian y Anke Hennig, “Who’s afraid of (Left) Hyperstitions?”. Chus Martínez (ed.). *The Wild Book of Inventions*. Basel: The FHNW Academy of Art and Design / Berlin: Sternberg Press, 2019.
- Walter Benjamin, *Tesis sobre la filosofía de la historia*. En *Obras*, Libro I, vol. 2. Madrid: Abada, 2008.
- Rosi Braidotti, *Coneixement posthumà*, Barcelona: Arcàdia, 2020.
- Judith Butler, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Federico Campagna, *Technic and Magic. The Reconstruction of Reality*. Londres: Bloomsbury, 2018.
- Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*. Barcelona: Electa, 2002.
- Alejandro García Avilés, *Imágenes encantadas. Los poderes de la imagen en la Edad Media*, Vitoria: Sans Soleil, 2021.
- Jorge Luis Marzo, *Las videntes. Imágenes en la era de la predicción*, Barcelona: Arcàdia, 2021.
- Marshall McLuhan, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del hombre*, Barcelona: Paidós, 1996.
- Gabriel Medeiros (2020), “Predicting the past: the idea of validation”. *Towards Data Science*. URL: <https://towardsdatascience.com/predicting-the-past-the-idea-of-validation-2f876b2016>
- Victor Alonso Molina Bedoya (2010), “Dispositivos de ocio y sociabilidad en la comunidad indígena Nasa de Colombia: Resistencia social y cultural”. *Polis (Santiago)*, 9 (26): 41-60. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682010000200003>
- Michel de Montaigne, *Los ensayos*, Barcelona: Acantilado, 2007.
- Hans Ulrich Obrist, *The Future will be...*, París: Onestar Press, 2007.
- Eugene Thacker, *Tentacles Longer Than Night – Horror of Philosophy*. 3, Winchester, UK: John Hunt Publishing 2015.
- Ben Vickers i K Allado-McDowell, *Atlas of Anomalous AI*, Londres: Ignota, 2020. Remedios Zafra, *Ojos y capital*, Bilbao: Consonni, 2015.

INTRODUCCIÓN 7
M^a Vicenta Mestre, y Ester Alba

**HACIA UNA INTIMIDAD
ALGORÍTMICA** 9
Pau Waelder

**AUTORRETRATO
O DOBLE DIGITAL** 45
Clara Boj y Diego Díaz

**APUNTES PARA
UNA FILOSOFÍA
DE LA PREDICCIÓN** 95
Pau Alsina

DESCARTES 107
Jorge Luis Marzo

AUTORETRATO O DOBLE DIGITAL

1/06/2023 – 3/09/ 2023

Centre Cultural La Nau

Sala Estudi General

Rectora de la Universitat de València

María Vicenta Mestre Escrivà

Vicerrectora de Cultura y Sociedad

Ester Alba Pagán

Directora Servicio Cultura Universitaria

Adela Cortijo Talavera

Organiza

Vicerrectorado de Cultura y Sociedad,

Universitat de València

Centre Cultural La Nau

Universitat de València

EXPOSICIÓN**Comisariado**

Pau Waelder

Coordinación general

Norberto Piqueras Sánchez

Gestión técnica y registro

Manuel Martínez Tórtola

Gestión administrativa

Olga Ibáñez Hervás

Ana Roig Carrasco

Comunicación

Francesc Bayarri Moreno

Nuria García Cebriá

Fausto Rada Platz

Jose Antonio Gracia Aliaga

Montaje y Transporte

Art i Clar

Recursos expositivos

Art i Clar

Sinergies

Asistencia montaje e iluminación

Francisco Burguera Pérez

Álvaro David García

Pedro Herráiz Merino

Edición material audiovisual

Ignacio Agote

Asistencia en sala

Esfera Proyectos Culturales

Visitas guiadas

Voluntariado cultural

CATÁLOGO**Edita**

Universitat de València

Textos

Pau Alsina

Clara Boj

Diego Díaz

Jorge Luis Marzo

Pau Waelder

Coordinación

Clara Boj

Diego Díaz

Manuel Martínez Tórtola

Norberto Piqueras Sánchez

Diseño y maquetación

Handshake Studio

Traducciones y correcciones

Antoni Domènech

Fotografía

Eduardo Alapont

Impresión

La Imprenta CG

D.L.: XXXXXXXXXXXXXXX

ISBN: 978-84-9133-612-9

© De los textos: los autores

© De les obres e imàgenes: los artistas

© De esta edición: Universitat de València